

¿Qué sienten los jóvenes latinoamericanos sobre la política?

—» **IGNACIO ZUASNABAR**

Consultor político y analista de opinión pública. Director del Área de Opinión Pública de Equipos Consultores, Montevideo, Uruguay.

—» **INÉS FYNN**

Licenciada en Sociología por la Universidad Católica del Uruguay. Docente e integrante de equipos de investigación en la misma universidad.

Introducción

El presente artículo analiza las miradas de los jóvenes latinoamericanos sobre la política, los partidos, la democracia y las nuevas formas de participación. Luego de una revisión teórica de los principales argumentos y líneas explicativas en torno al problema, el artículo presenta (de modo preliminar) información inédita del proyecto *Living Politics*, un programa de investigación de la Fundación Konrad Adenauer que analiza la forma en que los jóvenes lati-

noamericanos están viviendo la política en estos tiempos de cambio del siglo XXI.

Los jóvenes y la política

Desde hace algunas décadas en todo el mundo, la participación de los jóvenes en política ha sido foco de discusión en diversos ámbitos. En este sentido se ha afirmado que ya no participan en política con la misma intensidad con que lo hacían los jóvenes de generaciones anteriores.

Si bien las explicaciones de este fenómeno son variadas, en la teoría contemporánea se encuentran dos principales: la modernista y la posmodernista (Stolle y Hooghe, 2004). La primera centra su argumento en la desafección ciudadana, mientras que la segunda habla sobre un desplazamiento cultural y un cambio en las modalidades.

La postura modernista, de comienzos del siglo XXI, tiene sus raíces en la teoría sobre el deterioro del capital social de Robert Putnam (2000), quien observa un debilitamiento de la comunidad que expone al riesgo a la cultura política y a la democracia en sí misma. A partir de este concepto de erosión del capital social, se plantea la existencia de procesos de desafección política (Soule, 2001; Norris, 2003; Torcal, 2000; Torcal y Montero, 2006) que afectan a las sociedades en su conjunto, pero que «resalta[n] y se destaca[n] en el mundo juvenil, básicamente por considerar que el sistema político no los representa y no incorpora sus intereses» (Sandoval y Baeza, 2010: 265). Se trata, entonces, de una situación de

desencanto con lo público que implica un distanciamiento, acompañado por una pérdida de confianza en las instituciones políticas.

» La corriente teórica posmoderna, en cambio, explica que los jóvenes no se encuentran en una situación de apatía frente a los asuntos políticos y que la participación no ha disminuido, sino que ha cambiado «

Algunos autores han establecido que la apatía que manifiestan los jóvenes respecto a las instituciones políticas es proporcional al desinterés que dichas instituciones muestran por sus problemáticas y preocupaciones (Rodríguez, 2001). Esto sucede pues el sistema político y sus instituciones están pensados desde una lógica adultocéntrica que no genera espacios para que los jóvenes puedan participar e incidir en las decisiones (Brussino, Rabbia y Sorribas, 2009). En definitiva, según el planteo de la desafección política, se presenta una ruptura de las formas tradicionales de participación de los jóvenes.

La corriente teórica posmoderna, en cambio, explica que los jóvenes no se encuentran en una situación de apatía frente a los asuntos políticos y que la participación no ha disminuido, sino que ha cambiado: los jóvenes han encontrado otras modalidades de participación diferentes de las tradicionales.

De esta manera, el hecho de que los niveles de participación política sean más bajos entre los jóvenes actuales se explica por un problema de la conceptualización y, consecuentemente, de la medición del fenómeno. Arias-Cardona y Alvarado (2014, p. 587) afirman que es necesario redefinir lo que se piensa y practica como política, y que esto «implica un momento de ruptura y renovación del orden social», que pasa de una concepción estadocéntrica a una sociocéntrica.

¿Una falsa oposición?

Varela, Martínez y Cumsille (2015) postulan que para entender la participación política de los jóvenes es necesario avanzar en modelos multidimensionales del comportamiento cívico, más allá de la participación política convencional. Los autores explican que el comportamiento o compromiso cívico «refiere a valores, creencias, actitudes, sentimientos, conocimientos, habilidades y comportamientos asociados con situaciones fuera del ámbito familiar y de amigos, que pueden expresarse en el ámbito público, del mercado, civil, personal o político» (Varela, Martínez y Cumsille, 2015, p. 732). Estos autores destacan que para estar hablando de compromiso cívico es necesario que exista algún tipo de motivación o colaboración hacia determinados grupos de la comunidad o para el bien común de la sociedad.

Esta postura no descarta el planteo de la desafección política; de hecho, algunos autores la utilizan como uno

de los factores que explican las nuevas formas de participación. Rich, Edelstein, Hallman y Wandersman (1995) sostienen que las estructuras sociales y políticas presentan barreras para los jóvenes, que dificultan el proceso de empoderamiento y los obligan a buscar otras alternativas de participación. Sin embargo, estas dos corrientes teóricas se diferencian fuertemente en lo que respecta a la relación de los jóvenes con el sistema democrático. Los modernistas interpretan que el crecimiento de una nueva generación de ciudadanos críticos representa una amenaza para la democracia, mientras que los posmodernistas consideran que se trata de un síntoma de madurez de los sistemas políticos (Stolle y Hooghe, 2004, p. 150).

De todos modos, la concepción posmoderna sobre la participación implica que la participación política tradicional forma parte del compromiso cívico, por lo que «no debemos entender estas nuevas formas de compromiso emergentes como contradictorias o sustitutas de las bases más institucionales de la democracia, sino más bien como complementarias y necesarias, cada una para su distinto cometido» (Hernández, 2011, p. 107).

¿Cómo son estas nuevas formas?

Las nuevas formas de participación son también explicadas por algunos autores a partir de cambios culturales y de valores propios de la posmodernidad que no siempre es posible desarrollar en los formatos tradicionales de participación política (Stolle y Hooghe, 2004; Ingle-

hart, 1997). En este sentido se destacan la demanda por la horizontalidad y la participación directa en la toma de decisiones, así como la búsqueda de resultados inmediatos (Mieres y Zuasnabar, 2012). Al respecto, Carrano (2012, p. 24) explica que los jóvenes «adhieren a acciones colectivas que les permitan controlar los procesos decisorios, y cuyos resultados no sean postergados para un futuro lejano».

Las modalidades alternativas de compromiso cívico se caracterizan por ser horizontales y flexibles, con estructuras informales, con causas más orientadas hacia la vida cotidiana, en las que el límite entre lo público y lo privado queda difuso, las formas de implicación son menos colectivas, las manifestaciones suelen ser espontáneas e irregulares y tienden a incorporar y utilizar los nuevos medios de comunicación e información (Hernández, 2011). En definitiva, se trata de «redes informales construidas para fines concretos e inmediatos, más que a través de organizaciones formales y fuertemente estructuradas» (Garcés, 2010, p. 66).

Es importante destacar el creciente rol que algunos autores otorgan a las redes sociales en las nuevas modalidades de participación política. Incluso se considera que las redes han cambiado el significado de la participación, pues están incentivando el compromiso y consiguiendo que jóvenes que no se movilizaban fuera de ellas pasen a la acción (García, Del Hoyo y Fernández, 2014). De hecho, estos autores proponen superar la dicotomía entre el *on-line* y el *off-line* a la hora de estudiar la participación política, ya que los

jóvenes en su cotidianidad la han eliminado y no es posible desasociar sus comportamientos en el mundo *off-line* del *on-line* y viceversa.

Entonces, considerando la existencia de formas alternativas de participación y tomando como referencia a Álvaro Martín (2006, p. 4), resulta razonable utilizar una concepción de participación política que «incluya todas las formas disponibles para los ciudadanos». Este autor plantea cuatro tipos de participación:

1. la electoral (voto);
2. la de calle (manifestaciones y acciones directas);
3. la persuasiva (firma de peticiones, contactos con políticos y con medios de comunicación), y
4. la participación a través de partidos políticos (afiliación) (Martín, 2006, p. 6).

» Se destacan la demanda por la horizontalidad y la participación directa en la toma de decisiones, así como la búsqueda de resultados inmediatos «

América Latina

América Latina no escapa a esta situación: las formas de participación política de los jóvenes han cambiado. En un breve repaso sobre la historia reciente del continente, los jóvenes han pasado de organizaciones con estructuras sólidas y formales a través de partidos

políticos, movimientos guerrilleros, organizaciones estudiantiles e incluso sindicatos, a formas de organización más horizontales, espontáneas e informales (Reguillo, 2003).

Las nuevas generaciones de latinoamericanos han sido socializadas en contextos políticos y económicos muy diferentes de los de las generaciones anteriores. Las anteriores se socializaron políticamente en medio de democracias débiles alternadas con regímenes militares, con períodos de fuertes crisis económicas y bajo la tónica bipolar de la guerra fría, mientras que las nuevas generaciones lo han hecho en democracias sostenidas (aunque imperfectas y en algunos casos neopopulistas) y en general en crecimiento económico. En este sentido no es sorprendente que sus problemas, necesidades, enfoques e incluso sus formas de vincularse con la sociedad —no solo en lo que respecta a la política y lo público, sino en la vida en general— sean diferentes.

Con el objetivo de caracterizar estas nuevas modalidades de compromiso cívico en América Latina, Dina Krauskopf (2000) plantea la existencia de dos paradigmas: la vieja participación y las nuevas prácticas políticas. En el viejo paradigma, las identidades colectivas están basadas en parámetros socioeconómicos y político-ideológicos, mientras que en el nuevo paradigma se basan en parámetros de índole ético-existenciales. En lo que respecta a las causas de la participación, las nuevas modalidades comprenden que el cambio social está dado por la mejora en las condiciones de vida del colectivo, que se logra a través de los

cambios en la vida cotidiana de las personas, mientras que, según el viejo paradigma, los cambios en la vida de los individuos se logran a partir de modificaciones en la estructura social. Además, la espacialidad cambia, ya que en el nuevo paradigma se piensa en lo global pero se actúa en lo local, mientras que en el viejo paradigma el centro del mundo se encuentra en lo local pero se actúa en las estructuras globales, buscando de ese modo cambios colectivos. La temporalidad de las acciones también es diferente: mientras que las viejas formas de participación se plantean metas a largo plazo, las nuevas formas buscan efectividad a corto o mediano plazo, es decir, metas palpables.

Por último, en lo que respecta a los modos de actuar, en el nuevo paradigma se prioriza la participación individual; la organización es horizontal, desinstitucionalizada y los vínculos son flexibles; la composición de estas organizaciones es heterogénea y sus integrantes accionan de forma autónoma, ya que «a las juventudes no les interesa ser hegemonzadas por grupos específicos» (Krauskopf, 2000, p. 130). Las organizaciones en el viejo paradigma, por su parte, son piramidales, centralizadas, y la participación es altamente institucionalizada.

Es importante advertir que esta diferenciación entre el viejo y el nuevo paradigma pretende destacar características que no son excluyentes. Ambas modalidades de compromiso cívico están vigentes en la realidad latinoamericana y de hecho no solo conviven en las formas de participación, sino aun dentro de una misma organización.

Esta convivencia de paradigmas se da tanto porque se trata de un proceso de cambio como también por la heterogeneidad de la juventud latinoamericana. Varios autores han planteado que la participación política está desigualmente distribuida en las sociedades de América Latina porque los recursos necesarios para participar —tiempo, dinero y habilidades cívicas, entre otros— están asociados a variables sociodemográficas como el nivel socioeconómico o el nivel educativo (Verba, Scholzman y Brady, 1995; Verba, Scholzman, Brady y Nie, 1993). Además, la globalización ha abierto nuevos frentes de desigualdad en lo que respecta al acceso a la cultura-mundo (Reguillo, 2003). En este sentido, «la separación de los jóvenes ciudadanos “conectados” al mundo por la vía de las nuevas tecnologías y los que permanecen al margen de esta posibilidad constituirá a más corto que largo plazo entre los jóvenes el punto de quiebre entre los incluidos y los excluidos del “nuevo” mundo global» (Reguillo, 2003, p. 24).

Entonces, considerando que los jóvenes no son homogéneos ni constituyen un grupo social cerrado, Reguillo propone replantear el concepto de ciudadanía juvenil en América Latina teniendo en cuenta las realidades sociales del continente. Así plantea una *ciudadanía policéntrica* que implica la concepción del individuo en la relación entre su pertenencia a la sociedad y el proyecto sociopolítico.

En definitiva, para el estudio del compromiso cívico de los jóvenes latinoamericanos es necesario considerar

dos dimensiones principales. Por un lado, la existencia de dos paradigmas de participación política que conviven no solo en las sociedades sino también en las organizaciones. Y, por otro lado, las disparidades entre los jóvenes pautadas particularmente por la desigualdad en la distribución de los recursos necesarios para participar.

Además, para comprender las heterogeneidades en las sociedades latinoamericanas resulta interesante considerar la teoría del cambio de valores desarrollada por Ronald Inglehart (2004, 2010), que explica cómo las sociedades transitan de estructuras de valores modernos a posmodernos. Esta transición implica que se erosionen los valores materialistas asociados a la supervivencia —en los que el objetivo principal es el crecimiento económico— y comiencen a aparecer valores que se vinculan con la autoexpresión, el bienestar individual, la calidad de vida y la autorrealización.

«Ambas modalidades de compromiso cívico están vigentes en la realidad latinoamericana y de hecho no solo conviven en las formas de participación, sino aun dentro de una misma organización»

La teoría del cambio de valores adquiere relevancia para comprender las diversidades de la juventud latinoamericana, pues se ha demostrado que la

transición hacia valores posmodernos no se da de forma homogénea dentro de las sociedades. En particular, este proceso tiene una relación positiva con el nivel educativo: los más educados tienden a tener valores posmaterialistas, pues están mejor informados y más expuestos a distintos tipos de comunicación (Inglehart, 1977, p. 85).

Como se ha mencionado, hay autores que vinculan las nuevas formas de participación política con cambios culturales y de valores propios de la posmodernidad. Entonces, considerando que existe una variedad en las estructuras de valores de los jóvenes latinoamericanos —que se vincula con las desigualdades dadas por las variables sociodemográficas—, es esperable encontrar diferencias en los modos de participación política.

¿Cómo viven y sienten los jóvenes latinoamericanos la política?

Más allá de lo teorizado sobre el asunto, parece claro que algunos de los paradigmas clásicos para entender el fenómeno de la participación política están —en el mejor de los casos— en revisión. Y si se trata de la participación política juvenil, probablemente más. Cuando hay modelos teóricos débiles, es necesario volver a tomar contacto con la realidad.

¿Qué dicen los jóvenes a todo esto? ¿Cómo están viviendo esta etapa de la vida política del continente que se combina con cambios tecnológicos y culturales de relevancia? El proyecto

Living Politics, desarrollado por la Fundación Konrad Adenauer, pretende responder estas interrogantes. Muchos autores reflexionan y formulan hipótesis sobre qué está ocurriendo con los jóvenes y la política, pero ¿cuántos los están escuchando? «No me hablen más de él, no me hablen más por él, que yo lo veo en cada esquina y lo escucho en el café», reza una frase de la canción *El hombre de la calle*, del compositor uruguayo Jaime Roos.

Tomando ese espíritu, el proyecto *Living Politics* aborda la realidad de los jóvenes del continente a partir de escuchar de primera mano sus propias experiencias. Más allá de tomar algunos elementos cuantitativos de estudios existentes, el foco de la investigación es cualitativo, con 40 jóvenes entrevistados en 10 ciudades de 5 países latinoamericanos.

Como cierre de este artículo, se presentan algunos hallazgos preliminares de la investigación aún en curso, que pueden enriquecer la comprensión del problema poniendo sobre el tapete la mirada de los propios jóvenes.

Cuando se analiza la realidad con las herramientas cuantitativas clásicas, hay relativamente poco asidero para la idea de que los jóvenes se interesan y/o participan menos en política que las generaciones anteriores. De hecho, como muestra la siguiente tabla de Latinobarómetro, el interés en la política manifestado por los jóvenes del continente es relativamente bajo, pero muy similar al del conjunto de la población en el total de los 18 países que son parte del estudio.

Tabla 1. ¿Cuán interesado está usted en la política?

	Jóvenes	Total de la población
Mucho	8	9
Bastante	20	20
Poco	32	29
Nada	38	40
Ns/Nc	1	1
Total	100	100

Fuente: Latinobarómetro 2013.¹

Grosso modo, a un tercio de los jóvenes (28 %) la política le interesa «mucho» o «bastante», a otro tercio (32 %) le interesa «poco» y al tercio mayor (38 %) la política directamente no le interesa «nada». Por tanto, cuando alguien apunta que muchos jóvenes latinoamericanos no se ven muy seducidos por la política, los resultados muestran que tienen bastante razón. El punto es que esta situación no es una característica de los jóvenes, sino del conjunto de la sociedad; no existen diferencias intergeneracionales en este asunto. Por tanto, el dedo inquisidor puesto en la juventud parece equivocado. Sí es claro que las formas de canalizar esta participación son muy distintas. En consonancia con lo señalado en los puntos anteriores, los jóvenes están menos involucrados con los partidos políticos y, en cambio, más orientados a expresarse y participar por otras vías.

En la fase cualitativa, durante 2016 el proyecto *Living Politics* realizó 40 entrevistas a jóvenes de cinco países del continente (Argentina, Brasil, Mé-

xico, Perú y Uruguay)² y les preguntó cómo vivían y sentían la política, los partidos y la democracia. Los hallazgos son de diversa índole, y por tratarse de una investigación en marcha aún hay líneas de trabajo abiertas, pero pueden adelantarse algunos elementos.

Los resultados permitieron identificar al menos cuatro tipos definidos de jóvenes en su aproximación a la política: a) militantes tradicionales; b) militantes alternativos; c) interesados no participantes; d) no interesados. Estos grupos parecen trascender fronteras: en todos los países estudiados existen jóvenes que reflejan estos perfiles —más allá de que varíe la relevancia de unos grupos sobre otros según el país—. Los cuatro representan intereses, modalidades y sentimientos distintos frente a los asuntos políticos y son reflejo de la diversidad que existe entre los jóvenes del continente en las formas de vivenciar la política.

El primer grupo, el de los *militantes tradicionales*, es probablemente el más

1 Se presentan datos de 2013 porque fue el último año en que Latinobarómetro incluyó esta pregunta en su estudio.

2 En una segunda etapa, en 2017, el proyecto incluirá Bolivia, Chile, Colombia, Honduras y Venezuela.

conocido por los actores políticos. Son jóvenes que se interesan por la vida política y se involucran directamente en ella por vías tradicionales, típicamente la militancia partidaria. A veces este grupo de jóvenes se pierde de vista en la investigación sobre participación, ya que la agenda tiene un foco importante en la exploración de las formas no tradicionales; pero la realidad es que en todos los países del continente hay jóvenes que participan y se involucran en los partidos políticos de formas más o menos convencionales. Esta es una etapa de convivencia de paradigmas, en la que la explosión de nuevas formas de participación no ha eliminado las viejas. No todos los jóvenes que militan en partidos están plenamente conformes con el espacio que ocupan en las estructuras, y el conflicto intergeneracional es frecuente, pero aun así el espacio de participación de estos jóvenes continúa siendo esencialmente partidario. Muchos de los jóvenes que integran partidos también han incorporado en forma paralela los nuevos mecanismos de participación, aunque estos en general son subsidiarios a su vínculo partidario.

El segundo grupo, de los *militantes alternativos*, está conformado por jóvenes interesados e involucrados en la política, pero que participan por canales diferentes a los partidos. Además, en general son explícitamente críticos de los partidos políticos. En algunos casos critican un funcionamiento relativamente hermético, vertical y sin integración real de los jóvenes. En otros, emiten juicios mucho más duros y califican a los partidos directamente

como maquinarias clientelares o de corrupción. A estos jóvenes no les interesa canalizar sus intereses por las vías tradicionales.

Este grupo incluye al menos tres subgrupos: aquellos que participan en organizaciones de la sociedad civil de forma regular, aquellos que se involucran con causas puntuales o en marchas y protestas pero que no asumen compromisos permanentes, y aquellos que participan principalmente expresando opiniones a través de las redes sociales. Cada uno de estos subgrupos tiene características distintas, pero comparten dos elementos: el interés por involucrarse en lo político y la resistencia a hacerlo a través de los partidos. Por otra parte, estos subgrupos no son *puros*, sino que muchas veces se superponen.

Los *interesados no participantes* son jóvenes que tienen interés por lo que ocurre en la vida política y la siguen con relativa atención; sin embargo, por distintas circunstancias no han incursionado en participar, o lo han hecho muy esporádicamente. Algunos de ellos han explorado las vías partidarias u otras formas de participación alternativas, pero han terminado relativamente desilusionados. Así, varios cargan con cierto componente de frustración. Las miradas críticas hacia los partidos son igual de intensas (y en algunos casos más) que en el segmento anterior. En este grupo se percibe incluso cierta dosis de pesimismo sobre la posibilidad de modificar la realidad a través de cualquier forma de participación. En otros casos, la no participación está condicio-

nada por factores de la vida real, ya sea por la decisión de priorizar otras áreas de desarrollo (como el estudio) o por necesidad. Si bien los temas públicos les interesan, no se encuentran entre sus prioridades en términos de dedicación de tiempo.

Por último, los *no interesados* constituyen quizá el grupo más homogéneo. Son jóvenes que no tienen interés ni involucramiento político alguno. El desarrollo de sus vidas pasa esencialmente por satisfacer sus necesidades o intereses del ámbito privado y familiar. El escepticismo y la desconfianza sobre lo político es la actitud predominante en buena parte de este grupo, y la mirada crítica no se limita a la política en términos genéricos o los partidos en particular, sino que a veces también incluye al sistema democrático en su conjunto. En muchos casos, además, las circunstancias de vida que enfrentan hacen difícil pensar que puedan involucrarse en asuntos más amplios. Muchos jóvenes en el continente provienen de hogares de escasos recursos, tienen responsabilidades laborales desde muy jóvenes o son padres o madres tempranamente, y a estos les resulta difícil enfocarse en los asuntos públicos. Aunque no todos los desinteresados están en esta situación, se trata de un segmento más vulnerable desde el punto de vista socioeconómico, que en general se siente poco integrado a la marcha de la sociedad y percibe pocas oportunidades de crecimiento futuro. Probablemente es el segmento más desafiante que tiene la política latinoamericana en términos de representación política.

« La amenaza a las formas tradicionales de participación es una realidad, y encontrar los caminos adecuados para encauzar la situación requerirá mucho esfuerzo de los partidos políticos y el propio Estado »

En balance

América Latina es un continente con similitudes culturales entre muchos de sus países, pero en el que también existen profundas diferencias. Estas disparidades no solo se dan entre países, sino también dentro de ellos. El análisis de cómo los jóvenes sienten y se aproximan a la política no escapa a este contexto general.

Si algo queda claro de la primera etapa de trabajo del proyecto *Living Politics* es que no es sencillo generalizar sobre jóvenes y política en América Latina. La problemática tiene muchas aristas. Los jóvenes se involucran en política de muy distintas formas, condicionados por sus historias de vida, su situación económica, la educación a la que pudieron acceder, las visiones sociales predominantes sobre la política en su país y la influencia de sus amigos.

Sí parece claro que muchas están cambiando, impulsadas por transformaciones culturales y tecnológicas, y probablemente el proceso continuará.

La amenaza a las formas tradicionales de participación es una realidad, y encontrar los caminos adecuados para encauzar la situación requerirá mucho esfuerzo de los partidos políticos y el propio Estado. El punto positivo es que, contra lo que algunos presumen, muchos jóvenes latinoamericanos dedican un enorme caudal de energía y entusiasmo a manifestarse en el plano político. Y esto es un activo muy importante para la salud política del continente.

Bibliografía

- ARIAS-CARDONA, A. M., y S. V. ALVARADO (2015). «Jóvenes y política: de la participación formal a la movilización informal». *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 13, n.º 2, pp. 581-594.
- BRUSSINO, S., H. RABBIA y P. SORRIBAS (2009). «Perfiles sociocognitivos de la participación política de los jóvenes». *Revista Interamericana de Psicología*, n.º 43, pp. 279-287.
- CARRANO, P. (2012). «A participação social e política de jovens no Brasil: considerações sobre estudos recentes». *RECSO*, n.º 03, Universidad Católica del Uruguay.
- GARCÉS, A. (2010). «De organizaciones a colectivos juveniles. Panorama de la participación política juvenil». *Última Década*, vol. 18, n.º 32, pp. 61-83.
- GARCÍA, M., M. DEL HOYO y C. FERNÁNDEZ, (2014). «Jóvenes comprometidos en la red: el papel de las redes sociales en la participación social activa». *Comunicar*, n.º 43, pp. 35-43.
- HERNÁNDEZ, E. (2011). «El compromiso cívico y político de los jóvenes y el rol de las nuevas tecnologías en educación: modelos de e-democracia». *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, n.º 25, pp. 101-124.
- INGLEHART, R. (1997). *Modernization and postmodernization: Cultural, economic, and political change in 43 societies*. Princeton (EUA): Princeton University Press.
- INGLEHART, R., et al. (2004). *Human beliefs and values: A cross-cultural sourcebook based on the 1999-2002 values surveys*. México: Siglo XXI.
- (2010). *Changing Human Beliefs and Values. A cross-national sourcebook based on the values surveys and European values studies*. México: Siglo XXI.
- KRAUSKOPF, D. (2000). «Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes». En *Participación y desarrollo social en la adolescencia*, San José: Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- MARTÍN, A. (2006). *Participación socio-política de los jóvenes españoles: medios y trayectorias*. Madrid: CSIC, Unidad de Políticas Comparadas, Documento de Trabajo 06-13.
- MIERES, P., e I. ZUASNABAR (2012). *La participación política de los jóvenes uruguayos*. Montevideo: Fundación Konrad Adenauer.
- NORRIS, P. (2003). *Young people and political activism: From the politics of loyalties to the politics of choice?* Estrasburgo: Council of Europe, Report for the Council of Europe Symposium, n.º 11.
- PUTNAM, R. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American*

- Community, Nueva York: Simon & Schuster.
- REGUILLO, R. (2003). «Ciudadanías Juveniles en América Latina». *Última década*, n.º 19, CIDPA, pp. 11-30.
- RICH, R., M. EDELSTEIN, W. HALLMAN y A. WANDERSMAN (1995). «Citizen participation and empowerment: The case of local environmental hazards». *American Journal of Community Psychology*, n.º 23, pp. 657-676.
- RODRÍGUEZ, J. (2001). «Participación juvenil y ciudadanía». En *Protagonismo juvenil en proyectos locales. Lecciones del Cono Sur*. Santiago de Chile: CEPAL y ONU, pp. 73-87.
- SANDOVAL, M., y J. BAEZA (2010). «Nuevas prácticas políticas en jóvenes de Chile: conocimientos acumulados 2000-2008». En *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires: CLACSO, serie de Estudios Latinoamericanos, pp. 263-292.
- SOULE, S. (2001). «Will they engage? Political knowledge, participation and attitudes of Generations X and Y». Ponencia presentada en Active Participation or a Retreat to Privacy, Potsdam.
- STOLLE, D., y M. HOOGHE (2004). «Review Article: Inaccurate, exceptional, on-sided or irrelevant? The debate about alleged decline of social capital and civic engagement in western societies». *British Journal of Political Science*, n.º 35, pp. 149-167.
- TORCAL, M. (2000). «Desafección institucional e historia democrática en las nuevas democracias». *Revista SAAP*, vol. 2, n.º 3, pp. 591-634.
- TORCAL, M., y J. MONTERO (2006). *Political disaffection in contemporary democracies. Social capital, institutions and politics*. Londres: Routledge.
- VARELA, E., M. MARTÍNEZ y P. CUMSILLE (2015). «¿Es la participación política convencional un indicador del compromiso cívico de los jóvenes?». *Universitas Psychologica*, vol. 14, n.º 2, Bogotá, pp. 731-745.
- VERBA, S., K. SCHLOZMAN y H. BRADY (1995). *Voice and equality*, Cambridge (EUA): Harvard University Press.
- VERBA, S., K. SCHLOZMAN, H. BRADY y N. NIE (1993). «Citizen activity: Who participates? What do they say?». *The American Political Science Review*, n.º 87, pp. 303-318.